

flujo de convicciones, aunque erróneas, sinceras. Contemplad el espectáculo que ofrece en su lucha contra el pasado, en su lucha por el porvenir, y tropezando á cada paso con un nuevo obstáculo que vencer. Si despues de haber visto todo esto; si lejos ya de la influencia de ese miserable espíritu de partido, de esa pequeñez de rencillas, de ese vicio funesto de la política, que solo pueden desarrollarse en el estrecho horizonte en que antes estabais encerrados; si con un campo mas vasto no se han ensanchado y al mismo tiempo ennoblecido vuestras ideas, entonces persistid en vuestro propósito y en vuestra obra de destruccion. Volved á conspirar sin temor, porque habreis demostrado que vuestro pecho no es accesible ni aun al remordimiento. No necesitais valor, porque no hay peligros que arrostrar. La empresa os brinda con brillantes probabilidades y ninguna os será contraria. Daos, pues, con la patria el placer de los vampiros; id á chupar las últimas gotas de su sangre. Si la fortuna os favorece, hallareis el poder ó la riqueza por recompensa de vuestros afanes; si os es adversa, esperareis tranquilos otro momento mas oportuno para empezar de nuevo. Nada temais: la patria todo lo olvida, pues en su irreflexiva generosa debilidad no castiga con la muerte ni á los revolucionarios de oficio, y perdona hasta los crímenes contra el honor militar, ¡hasta la desercion ante el enemigo, hasta la traicion á sus banderas!

.....

Llegó al fin el 19 de Octubre, dia señalado para nuestra partida del continente americano. Desde la víspera se habian comenzado á embarcar nuestras cargas, de suerte que en la mañana de ese dia quedó todo á bordo. Y por cierto que ya deseaba yo que así fuese, porque me hallaba verdaderamente alarmado por la seguridad de los instrumentos, á causa del mal trato que en general se da en los Estados Unidos á toda clase de fardos que contienen efectos. Por cargar y descargar con la rapidez característica de los que tienen por máxima «time is money,» hacen á veces pedazos las cajas mas resistentes. En medio del barullo, casi diré del tumulto que se forma en las estaciones ó en los lugares en que se depositan los bagajes para ser trasladados, ya sea á bordo, ya sea á los ferrocarriles, es imposible hacerse oír; nadie atiende las recomendaciones, y el que se acerca demasiado tratando de defender los objetos que le interesan, corre el peligro de ser aplastado por alguno de aquellos enormes

bultos de mercancías que, colocados por los cargadores en la parte superior de un plano inclinado, se abandonan en seguida á la accion de su propio peso hasta ir á encontrar la situacion que el acaso les depara, en el vehículo destinado á su transporte.

Nuestras maletas de equipaje sufrieron terriblemente. Yo habia llevado desde México una muy fuerte, y ya en San Francisco fué necesario reemplazarla con otra mas fuerte todavía, porque llegó hecha trizas. Al ver la indiferencia de aquellas gentes ante los estragos que hacen; al oír por toda respuesta á las mas vehementes recomendaciones, un «¡oh! yes» ó un «do not care,» he llegado á figurarme que en aquel país de la especulacion y de las compañías, los fabricantes de maletas, baúles, cajones, etc., tienen formada alguna asociacion con los cargadores, ó que al menos los subvencionan con una parte de las utilidades que estos últimos les procuran, y las cuales deben ser abundantes.

Por fortuna las grandes cajas de los aparatos astronómicos, que habian sido depositadas en la aduana, fueron mucho mejor tratadas á consecuencia de recomendaciones especiales, hechas de antemano por el Sr. Azpíroz, y en el acto del embarque por el Sr. Pritchard. Ninguna se hizo abrir, y solo se exigió al Sr. Fernandez, á quien encargué que vigilase su traslacion á bordo, un juramento en forma de que aquellos fardos no contenian objeto alguno sujeto al pago de derechos de exportacion.

Poco antes de medio dia nos embarcamos en el «Vasco de Gama,» acompañados por todos nuestros amigos. Un gentío inmenso cubria los muelles, junto á los cuales estaba atracado el vapor, anunciando con el humo de su chimenea que se acercaba el instante de su partida. Algunos momentos despues la campana del buque avisaba que era ya tiempo de que se volviesen á tierra todas las personas que daban á bordo los últimos adioses á sus deudos ó á sus amigos. Pronto no quedamos dentro del «Vasco» mas que los pasajeros; pero aun quitado el puente levadizo que lo unia al muelle, todos permanecemos en las barandillas de la obra muerta, formando una larga fila en frente de la que se extendia en toda la longitud del muelle. No se oía entre ambas filas mas que el cambio de palabras de despedida.

La hélice comenzó á girar, haciendo estremecer al barco desde la quilla hasta los mástiles; abundantes copos de espuma brotaron debajo de la popa, marcando el principio de una estela que iba á tener mas de dos

mil leguas de largo; el buque se desprendió lentamente del muelle; y las voces de «¡Pleasant voyage! ¡Good fortune! ¡Remember me! ¡Farewell!» salían de todos los labios en medio de la emoción. En seguida dejaron de oírse las palabras, pero se veían sobre la multitud mil sombreros y mil pañuelos que se agitaban en señal de adios.

La bahía de San Francisco es una de las mejores del mundo, y el arte le ha perfeccionado todavía más, haciendo avanzar á la ciudad sobre el mar, de suerte que hoy existen calles, plazas y grandes edificios en los lugares en que hace 20 años anclaban los buques. La notable elevación de las colinas y de las rocas que la ciñen, dando al terreno de sus playas un fuerte declive, proporcionan al mar la profundidad suficiente, á cortísima distancia de la orilla, para que las mayores embarcaciones puedan atracar junto á los muelles. Algunos islotes elevan sobre las aguas sus crestas formadas de enormes rocas, que presentan las figuras más caprichosas, labradas por la acción incesante de las olas.

Cerca de una hora empleamos en atravesar la bahía desde la ciudad hasta la famosa «Puerta de Oro» (Golden Gate,) como se llama su estrecha bocana, y entramos después en el Grande Oceano. Aun cuando hubiéramos partido de noche, habríamos notado inmediatamente la salida de la bahía á la mar, por el cambio de movimiento del vapor al pasar de las tranquilas aguas de aquella á las agitadas olas de esta. En la tarde comenzó á anunciarse el viento fuertísimo que casi sin interrupción nos debía acompañar hasta el Asia, y que hizo tan penosa esta larga travesía, no solo para las personas que se mareaban, caso en que se hallaban casi todos los pasajeros, con excepción del Sr. Jimenez y yo, sino también para nosotros mismos; porque el balanceo del barco fué tal que, salvo en algunas horas de relativa calma, no nos permitió ni andar ni ocuparnos en algo útil, único modo de hacer menos tediosa una dilatada navegación.

Cosa de cincuenta pasajeros, en su mayor parte americanos, ocupábamos las cámaras de popa ó de primera clase. Solo cuatro ó cinco eran europeos, negociantes unos y ya establecidos en el Japon, y aspirantes otros á colocarse en el servicio del gobierno de aquel Imperio. Entre los primeros iba un joven alemán fabricante de sombreros, que había puesto su taller en la capital Tokio (antes Yedo), y había ganado alguna cantidad con su industria. Animado por este primer ensayo, volvió á los Estados Unidos en busca de los materiales y demás útiles relativos á su

arte, y regresaba al Japon lleno de dulces esperanzas que por desgracia suya no llegaron á realizarse. Algunos meses después lo encontré en Yokohama disponiéndose á embarcarse de nuevo para América, y me dijo que había perdido su tiempo y su dinero, lo cual comprendí entonces perfectamente bien, porque ya había visto por mis propios ojos que el pueblo japonés, en su inmensa mayoría, no usa sombrero. Sin duda en su primera expedición proveyó de este artículo al corto número de japoneses que han adoptado el traje europeo, y por consiguiente no halló ya compradores en su segundo viaje.

Otro pasajero europeo era un belga, bastante versado al parecer en algunos ramos de la ciencia práctica. Iba al Japon con el fin de solicitar del gobierno una colocación en el departamento de la guerra, con la esperanza de que esta estallaría entre aquel Imperio y la China, en cuyo caso deseaba ser ocupado en la fabricación de pólvora. Afortunadamente para la humanidad, y desgraciadamente para el ingeniero belga, las dificultades pendientes entre ambos países se arreglaron por la vía pacífica. Cuando más tarde me visitó en el Japon, estaba lleno de desconsuelo por haberse celebrado la paz; y poco después partió para las Filipinas, alentado por la esperanza de una insurrección que, según se decía, debía estallar allí contra el gobierno español. Este pobre joven parecía resuelto á buscar en la guerra el alimento de su actividad, así como el modo de hacer fortuna; y por cierto que quizá no le ha de haber sido difícil hallar una y otra cosa, porque al recorrer el mundo ve uno la terrible verdad que formuló Zorrilla, cuando dijo:

Donde quiera encontré la raza humana
En torva hostilidad ó abierta guerra,
Libre, rica y feliz por ser mañana.

Pero si me causaba tristeza esta consideración, y el ver que hasta la ciencia misma anda á veces en pos de la guerra, para contribuir al exterminio de los seres humanos, me era al mismo tiempo muy grata la idea de que la mayor parte de los demás pasajeros del «Vasco» llevábamos también la ciencia, pero para aplicarla á fines mucho más nobles y más útiles para la humanidad. Casi todos los anglo-americanos nuestros compañeros de viaje eran médicos que iban á establecerse en la China ó en el Japon, y por lo mismo á derramar entre estos pueblos los beneficios del progreso científico del Occidente, casi desconocido en ellos.

Desde la noche misma del 19 de Octubre estalló el temporal, que duró tres dias con toda su furia, y que calmando un poco en ligerós intervalos, continuó casi con la misma fuerza durante los 20 dias que empleamos en atravesar el Oceano. Jamas habia yo visto el mar tan embravecido, ni tenia idea de la magnitud real de las olas del Pacífico, si bien sabia que los navegantes las consideran como las mayores de todos los mares. El «Vasco de Gama» á pesar de sus 113 metros de eslora y de calar 22 pies, cargado como iba, saltaba como una cáscara de nuez al choque de las montañas de agua que le arrojaba el viento Norte por estribor, pues navegábamos con rumbo casi Oeste exacto. Cada golpe de las olas sobre sus flancos de hierro producía el estruendo de un cañonazo, y lo lanzaba sobre el costado opuesto dándole una inclinacion casi de 45°. Al recobrar su posicion de equilibrio, volvía el barco á recostarse sobre el otro lado, oscilando de esa manera en un ángulo próximo á 90°. Con frecuencia antes de levantarse lo alcanzaba otra ola pasando como un alud sobre la cubierta y arrojando torrentes de agua hasta en el interior de los salones situados debajo del puente.

Se concibe fácilmente que esta oscilacion lateral, combinada con la de proa á popa, daba por resultante un movimiento tan complejo que era de todo punto imposible, ya no diré andar, pero á veces ni aun permanecer en pié si no era asido fuertemente á algun objeto fijo y de suficiente resistencia. En los dias de mas recio temporal el vapor parecia desierto: los mareados permanecian en sus camarotes sufriendo cruelmente y sin poderse mover; los mas fuertes de cabeza en el salon de cubierta acostados en los sofás ó sentados y poniendo en accion todos los músculos de las piernas y de los brazos para conservar el equilibrio. Muchas veces, á pesar de todos sus esfuerzos, la oscilacion del barco los lanzaba como un proyectil hasta el otro lado del salon ó sobre otros pasajeros que en él se hallaban, y en tales casos se consideraban felices si no recibian un fuerte golpe contra las paredes ó contra los muebles. Algunos de ellos se hicieron así verdaderas heridas, entre otros el médico del buque, quien al querer andar sobre cubierta, fiado sin duda en su práctica de marino, fué arrojado sobre la obra muerta por un golpe de mar y recibió una ancha herida en la cara.

Pasada la mayor fuerza de este primer temporal, quiere decir, á los tres ó cuatro dias de navegacion, comenzó el mar á estar menos irritado:

si bien como dije al principio, nunca llegamos á verlo en calma segun parecia prometérnoslo su nombre de *Pacífico*, pues los efectos del equinoccio se hicieron sentir en toda la travesía. Sin embargo, sea porque el viento cambiando un poco hácia el Este nos impelia por la popa y esto hiciese disminuir el movimiento lateral de la embarcacion, sea porque habituados ya á las fuertes oscilaciones se hubieran hecho los pasajeros menos sensibles al mareo, el resultado fué que comenzaron en general á disminuir sus padecimientos; y aunque pálidos y extenuados por una enfermedad cuyo primer efecto es el de quitar completamente el apetito, empezaron á aparecer sucesivamente en los salones, no solo los hombres, sino tambien las señoras.

Poco á poco fueron organizándose las reuniones. En los dias mejores habia sus paseos sobre cubierta en los que procurábamos hacer el menor número posible de *zig-zags* conduciendo del brazo á las damas; y por las noches teniamos conciertos en el salon de las señoras. Es verdad que muchas veces una ola traidora venia á interrumpir la mas agradable conversacion, arrojando sobre los interlocutores un diluvio que los bañaba de piés á cabeza, obligándoles á correr á sus camarotes para mudarse la ropa. Es cierto que muy á menudo y en lo mas interesante de una partida de ajedrez, eran lanzados los jugadores de sus sillas por una violenta oscilacion, y volaba tambien el tablero con todo y sus piezas atornilladas. Tambien es verdad que el ejecutante en el piano caia á veces con todo y asiento; y que los cantantes, de pié, con las piernas separadas para procurarse mas ancha base de sustentacion, inclinándose ya hácia un lado, ya hácia el otro, mas bien que filarmónicos parecian esgrimidores que jugaban en asalto en alguna sala de armas. Pero de todas maneras las ventajas de la sociedad proporcionaban á todo el mundo agradables distracciones.

Otras veces íbamos á los departamentos de proa para ver á la infinidad de chinos que los ocupaban. Literalmente amontonados en aquellos camarotes, comunes á varios de ellos, debian estar sumamente incómodos durante el temporal; pero en sus interregnos no cesaban un instante de consagrarse al juego. Sentados por grupos de cuatro ó cinco individuos cada uno, alrededor de un tapete tendido sobre las tablas del piso, se entregaban á su pasion favorita, empleando dados y una especie de dominó parecido al que usan los europeos. Muchos de ellos re-